

Del trabajo social al trabajo societal. Notas para un encuentro con los estados sociales de derecho y de justicia

* César A. Barrantes A.

*Trabajador social, planificador social, analista de política social, consultor en desarrollo organizacional, microempresas populares y organizaciones civiles de desarrollo social. Profesor investigador de grado y posgrado de la Universidad Central de Venezuela y la Universidad del Zulia. Presidente-Fundador de la Red Latinoiberoamericana y Caribeña de Trabajadores Sociales (RELATS). cbarran@reacciun.ve

Resumen:

En nuestra América las nuevas formas de las demandas de satisfacción de carencias y de potenciación de aspiraciones sociales están adquiriendo, cada vez más, un carácter societal y un sentido geo-bio-político que le está exigiendo a profesionales de la política, políticos técnicos, técnicos políticos, empresarios políticos y políticos empresarios así como a gerentes y operadores corporativos y sociales (dentro de los que contamos a trabajadoras sociales y trabajadores sociales), capacidades estratégicas orientadas al logro de óptimos niveles de eficiencia, eficacia y efectividad en sus acciones e impactos sostenidos en la calidad y el modo de vida de las grandes mayorías poblacionales, en especial las de carácter étnico-populares. A la luz de los profundos cambios en diversos países, este segundo lustro está caracterizado por intensas movilizaciones, significando con ello entornos de participación en los asuntos que hasta el pasado reciente eran concebidos como responsabilidad exclusiva de las entidades oficiales y empresariales y que hoy, cada vez más, parecieran estar siendo progresivamente legitimados por el protagonismo de las mayorías antes excluidas. Es así que temas tales como el posdesarrollo, la neomodernización, la crisis de modernidad/posmodernidad, la globalización, la sociedad del conocimiento y el imperio, así como la refundación de los estados nacionales, la re-simbolización de los imaginarios y la generación de nuevas prácticas de la política, la economía y la cultura, están siendo transversalizados por la configuración de un nuevo modo de relacionamiento de los estados latinoamericanos con las sociedades a las que respectivamente pertenecen, así como por nuevas formas de hacer economía, cultura y política, en especial la denominada política social y, por ende, de inéditos estilos de resolución de los problemas propios de la convivencia social. Se trata de desafíos epistémicos, éticos y geobiopolíticos que la realidad del estado, de los pueblos, naciones y sociedades latinoamericanas le están planteando a las universidades, a “la” ciencia, a la tecnología y específicamente a los trabajadores sociales y a las trabajadoras sociales, y el reto de éstos es abrirse a la invención de nuevas prácticas y artefactos estéticos y cognocitivos, entre los cuales se destaquen los aprendizajes cívicos y democráticos y la contribución al redesplicue y revaloración del capital humanosocial en cada país.

Descriptores:

Momentos co-constitutivos de la sociedad, modo estatal de resolución de los problemas de la convivencia social, socioeconomía política de la política social, satisfacción de carencias, potenciación de aspiraciones, trabajo societal.

Abstract:

In our America new forms of request of satisfaction of deficiencies and empowerment of social aspirations are acquiring, more and more, societal character and mean geo-bio-political

that it is demanding of the politician marketing and professionals and operators of the politic, political businessmen and political businesswomen as well as to corporative and social managers and social operators (within whom we find social workers), oriented strategic capacities to the profit of optimal levels of efficiency and effectiveness in its actions and impacts maintained in the quality and the way of life of the great population majorities, in special those of character ethnic-popular. By the light of the deep changes in several countries, this second lustrum is characterized by intense mobilizations, meaning with it environments of participation in matters that until the past recent were conceived like exclusive responsibility of the official and enterprise organizations and that today, more and more, seemed to be progressively being legitimized by the majorities protagonist before excluded. It is so that thematics such as post-development, the neo-modernization, the crisis of polemic modernity/post-modernity era, the globalization, the society of the knowledge and the Empire, as well as the re-founding of the national states, the re-simbolizing of imaginary and generation of new practices of the politic an the policy, the economy and the culture, are being “trans-across” by the configuration of a new way of relationships of the Latin American states with the societies to which respectively they belong, as well as by new forms to make economy, culture and politic, in special the social policy one and, therefore, of unpublished styles of resolution of the own troubles of the social coexistence. The challenge of these is epistemic, ethical and geo-bio-politics that the reality of the states, of the peoples, of the Latin American nations and societies are raising to “The” university, to “The” science, to “The” technology and specifically to “The” social work, is to open to the invention of new practical and aesthetic and cognoscitive devices, between as the civic and democratic learnings and the contribution to redeployment and revaluation of the human-social capital in each country.

Key-words: Co-constituent moments of the society, state way of resolution of the problems of the social coexistence, socio-political-economy of the social policy, satisfaction of deficiencies, empowerment of societal aspirations, societal work.

Introducción:

Se trata de un ensayo que tiene una base empírica sobre la cual venimos reflexionando desde hace varios años a propósito del trabajo académico e investigativo y el intercambio con colegas, académicos, estudiantes y trabajadores culturales y sociales de diversos países (Barrantes 2004, 2005a, b, c; 2006a, b, c; 2007).

Nuestro propósito originario quedó plasmado con precisión en el resumen, pero diversos compromisos académicos nacionales e internacionales me obligaron a posponer la escritura de esta comunicación que he finalizado a sabiendas de que aún faltan muchos comentarios que decidí guardar en el disco duro de mi computadora; ello para volver sobre ellos en la versión final que espero compartir con los colegas y estudiantes peruanos en agosto próximo.

No obstante el incumplimiento de mi promesa, modestamente he podido articular un discurso coherente y diverso, no exento de algunas densidades propias del carácter novedoso y crítico de mis planteamientos, que pudieran obligar a quienes decidan rescribirlos, a detenerse en unos pasajes más que en otros.

Mi contribución ha sido estructurada en seis apartados. En los dos primeros abordamos brevemente algunos de los enfoques sobre el estado¹ que tuvieron mayor aquiescencia durante

¹ Igual que lo hago con términos como país, nación, sociedad, sociedad civil, biblia, dios, santísimo, catecismo..., por opción ideológica y no por desconocimiento del RAE (que sólo recopila lo que los pueblos dicen y no impone lo que los pueblos hablan, es decir, no es imperativo, normativo ni vinculante, como no

el tercio final del siglo veinte en el mundo académico y político angloeuroyanqui y latinoamericano, uno de ellos: el estado bienestarista-asistencialista-desarrollista de factura cepalina, fundamento de la política social que, funcionalizada por la lógica económica, constituyó a los trabajadores sociales en operadores finalistas de los programas “sociales” a lo largo y ancho de nuestra América. Sobre la base del fracaso y deslegitimación del modelo industrialista de la CEPAL, El tercero, La Realidad...En Fin..., da cuenta de las brutales consecuencias de la furia neoliberal durante los treinta últimos años del siglo pasado para, en el cuarto apartado, dar cuenta de los preanuncios de la alborada latinoamericana que comenzó a visualizarse diferencialmente desde el lustro precedente al siglo veintiuno. En el quinto, damos cuenta de los rasgos esenciales del proyecto latinoamericanista significado por la eclosión de las muchedumbres mayoritariamente étnico-populares que, hasta el presente, continúan sinérgicamente profundizando la revolución constitucional y democrática en una diversidad de países. Finalmente, planteamos algunos de los desafíos que los cambios societales le están planteando al trabajo social, uno de ellos: resemantizarse y refundamentarse, para comprender la direccionalidad y el significado de las incipientes formas de producción de sentido implicadas en la diferencia poscolonial y posimperial. Luego de presentar algunas provocaciones epistémicas tales como la de constituir al trabajo social en TRABAJOSOCIETALOGÍA DE LA LIBERACIÓN, al final del documento aportamos una sintética bibliografía², no sin antes cerrar nuestro discurso con una breve inconclusión, tal como corresponde a la lógica abductiva de mi reflexión.

Enfoques Del Estado. Un Breve Recuento:

Los decenios de los sesenta, setenta y aún los ochenta del siglo veinte fueron testigos de un renovado interés político, económico y académico por los análisis del estado en los diversos escenarios nacionales e internacionales. Fue así que pudimos conocer una heterogénea constelación de autores y autoras, especialmente marxistas, que contribuyeron a configurar una diversidad –polémica por lo demás- de escuelas, enfoques y análisis de diverso nivel y alcance teórico e histórico, todas ellas enfocadas hacia la mejor comprensión de las problemáticas que acuciaban, por diversas razones, a cada uno de los autores.

Para los efectos de este trabajo, sólo mencionaremos cuestiones tales como las siguientes:

- La naturaleza y la forma del estado,

lo son tampoco las “normas” de la APA, ni las de la AIETS-FITS para el trabajo social latinoindoafrocaribeño), escribo el término estado con minúscula en consecuencia con la concepción intersubjetiva (lógicosocial o socio-lógica) de las realidades tangibles e intangibles, imaginarias o simbólicas, que sólo son tales en tanto constructos societalmente contruidos.

² El estilo que hemos escogido en esta ocasión para referenciar las fuentes es coherente en sí mismo y con el sentido de esta comunicación. Si bien existen guías que tratan de imponerse como si fueran normas obligatorias, vgr. las denominadas normas de la APA, estas son particulares y no universales; tampoco son las únicas “científicas” o científicistas que existen. Hay otras tan válidas como gustos hay. Sin desconocer ni, mucho menos, menospreciar los estilos bibliográficos con que los centros académicos trasnacionales, globales e imperiales inundan nuestras academias al sur del Río Grande, lo cierto es que las editoriales y universidades colonializadas imponen acriticamente dichos estilos como “normas”. Ello en aras de asegurarse una acreditación de los organismos angloeuroyanquis del conocimiento y de la información en detrimento de los dispositivos académico-investigativos y de inteligencia social que le dan significado a la diferencia descolonial y desimperial. En nuestro caso, en cualquier circunstancia, aún cuando se trata de publicaciones periódicas indexadas, sólo aceptamos dichas “normas” bajo protesta.

- la relación entre la naturaleza y las funciones de éste dentro de la lógica del proceso de la acumulación de capital –desde su salvaje origen hasta su fase monopólica- en cada sociedad y en cada periodo histórico del capitalismo,
- la relación de los procesos de acumulación de capital con los mecanismos de dominación, y la integración –unas veces contradictoria y otras funcional- del estado en el interior mismo del circuito de acumulación privada de capital,
- los efectos del poder del estado en la reproducción del capital,
- los límites de la acción del estado y su autonomía respecto de la lógica del capital;
- las discontinuidades y rupturas, el consenso y el disenso que –según diversos autores- estaban presentes en el estado capitalista del periodo que se tomara como objeto de estudio;
- el lugar privilegiado desde el que el estado desempeñaba su rol de mediador entre capitalistas y proletarios pero a favor –conciente o inconcientemente- de los primeros;
- la especificidad, separación y diferenciación de las esferas que podían ser observadas según el lente del autor de que se tratara: lo político y lo económico, lo social y lo cultural, lo público y lo privado, lo estatal, lo civil y lo doméstico;
- la lucha de clases como explicativa del desarrollo y las funciones del estado capitalista,
- el dispositivo de la crisis instalado orgánicamente en el estado y en la acumulación de capital y por lo tanto en la relación entre ambos. En este sentido, una diversidad de autores, especialmente marxistas, procuraron –sin aplausos aclamatorios- explicar políticamente el juego de fuerzas, antagonismos y contradicciones a que se veía sometido el estado y, por ende, la relación entre la democracia representativa como tipo de gobierno y las políticas keynesianas que se formularon a propósito de la existencia del estado del bienestar.

Estos y otros aspectos problemáticos fueron, por lo general, analizados desde posiciones reduccionistas y, a veces esquemáticas –algunas extremas y, otras, moderadas- tales como el clasismo (lucha de clases), el economicismo y el politicismo, unas, por lo general atrapadas por la lógica del sistema criticado o no interesadas en salirse de los análisis del capitalismo y, otras, buscando opciones de construcción de una sociedad socialista.

Algunas de las variadas escuelas, tendencias o enfoques que ocuparon mayormente la atención en los escenarios internacionales, fueron los siguientes (Giordani 1993; Oszlak y O'Donnell 1984, Laclau 1981; Oszlak 1980; Sonntag y Valecillos 1977; O'Donnell 1974):

ESCUELA LÓGICA DEL CAPITAL O ESCUELA DE BERLÍN. A partir del concepto de capital y su reproducción, este enfoque se planteó el problema del lugar específico estructural del estado en la sociedad capitalista derivando el concepto de estado como forma política del concepto de capital, sea, de la naturaleza de las relaciones capitalistas de producción. El estado pasó a ser una categoría de la economía política en virtud de lo cual se procuró detectar en la forma estado un modo específico de dominación de clase.

LAS CLASES SOCIALES. El teórico más importante fue Poulantzas (1978) quien, a partir de la separación específica de lo político, construyó el concepto de la autonomía relativa del estado en la organización de las condiciones que permiten la reproducción de las relaciones de producción capitalista, siendo su pregunta generadora la de cómo compatibilizar la autonomía relativa del estado capitalista con su carácter de clase. Para él esta autonomía tenía lugar siempre al interior a un poder de clase ya que en la sociedad capitalista las relaciones entre las clases son siempre antagónicas. Atravesado por estos antagonismos, el estado capitalista organizaba, por un lado, al bloque de las clases dominantes y, por otro, desorganizaba y dividía a las clases dominadas. En tal sentido, el estado fue definido como una condensación de la relación de fuerzas entre las clases y su autonomía relativa se construyó a partir de la distinción entre determinación en última instancia y rol dominante así como de la particular articulación de niveles entre lo económico, lo político y lo ideológico, característica del modo de producción capitalista. En síntesis, Poulantzas partió de la lucha de clases —a la que esencializó como motor de la historia al margen de todo proceso empírico contingente— y de la articulación de instancias propias del modo de producción capitalista para determinar el lugar estructural del estado.

CAPITALISMO MONOPÓLICO DE ESTADO. Fue —y sigue siendo aún hoy— la concepción característica de buena parte de los partidos comunistas ortodoxos. En términos generales las diversas escuelas que integraron este enfoque, partieron de una periodización del desarrollo capitalista que —según se postuló— se inició con la etapa competitiva propia de la autorregulación y la libre competencia a través del mercado, la cual, a través del progresivo proceso de concentración y centralización del capital, desembocó en la fase monopólica y en el imperialismo, dándose así una creciente fusión entre los intereses monopólicos y el aparato del estado que determinaba el contenido de clase de las políticas estatales.

LA TEORÍA CRÍTICA. Denominada también Escuela de Frankfurt, sus autores incorporaron al marco teórico marxista el análisis weberiano del estado. Éste cumplía, por un lado, la función de mantener el control social y, en consecuencia, la integración social y, por otro lado, la función de incidir en el proceso de reproducción del capital. Ambas funciones fueron asumidas por el estado ante la incapacidad del sistema económico funciona de manera natural. Así pues, frente a la evidente desigualdad estructural que caracteriza al sistema capitalista, se hizo necesario que el sistema político interviniera ejerciendo el poder legítimo mediante la coacción estructural. Pero esta intervención resultaba contradictoria de manera tal que las contradicciones de la economía se desplazaban al sistema administrativo, el cual las transformaba en déficit sistemático de las finanzas públicas. En el momento en que la gestión de la crisis fracasaba, surgió una crisis de racionalidad y como esta también fracasaba en la satisfacción de las necesidades de legitimación, se produjo una crisis de legitimación o crisis sistémica por cuanto las expectativas de la población excedieron la capacidad objetiva del estado para satisfacerlas.

LA CRISIS FISCAL DEL ESTADO. El representante más connotado fue O'Connor (1974), quien planteó la imposibilidad de la autorregulación de la acumulación capitalista y, por lo tanto, la necesidad de introducir variables políticas en sus análisis. Su premisa fue que el estado en tanto elemento integrante del proceso de acumulación, desempeñaba dos funciones elementales y recíprocamente contradictorias: asegurar la rentabilidad de la acumulación y legitimar el sistema mediante la armonía social. Lo anterior quiere decir que debido a que la acumulación de capital era considerada decisiva para la reproducción de la estructura de clases, la legitimación implicaba la mistificación del proceso y la represión y cooptación del descontento social causado por la demanda insatisfecha de una mayor actividad estatal y, por

lo tanto, del aumento de los gastos sociales del estado. De allí la contradicción fatal significativa de la crisis fiscal: los ingresos para satisfacer el incremento de las necesidades sociales no siempre estaban a la mano, puesto que la plusvalía generada por la acumulación capitalista no estaban (aún hoy no lo están) socializadas.

LA ESCUELA NEORRICARDIANA. Sus proposiciones surgieron a partir de algunos problemas de la teoría económica marxista, en especial la célebre cuestión de la transformación de los valores en precios, intento en el que Marx fracasó a causa de la imposibilidad de cuantificar la transformación de los valores de los costos en precios de producción. Este es el punto de partida del neorricardianismo, que comienza considerando las relaciones técnicas de producción y construye un sistema de ecuaciones simultáneas en el que los precios se relacionan con la tasa de salarios y la tasa de ganancia. Un aporte esencial de este enfoque fue la concepción de la lucha de clases como un proceso empírico contingente.

RECAPITULANDO esta breve descripción, las dos funciones, esenciales aunque contradictorias, que realizaba el estado para garantizar las condiciones generales del proceso de acumulación fueron, por un lado, la garantía de la explotación económica y, por otro, la constitución de las bases de la dominación política e ideológica de la fuerza de trabajo asalariada y no asalariada.

I. En la perspectiva de la explotación, mediante la acción planificada de mediano plazo del estado, se identificaron tres formas de participación de éste en la acumulación del capital:

- la del "estado garante", referido a cómo el estado mediaba en la relación capital-trabajo desde la fase competitiva o de libre concurrencia del capitalismo hasta su fase monopólica de estado. Esta intervención aseguraba las condiciones mínimas de existencia de la clase proletaria, condiciones que dependían del grado de desarrollo de la sociedad capitalista de que se tratara y de la capacidad organizativa de la fuerza de trabajo, pero esencialmente, de los altibajos de la tasa de ganancia, y, al influjo de este vaivén, de la fluctuación de los mecanismos de la explotación –aún hoy- cuasinormalizados obscuramente mediante el uso cotidianizado de insospechadas formas represivas y coercitivas. Ello para preservar la relación capital-trabajo de la cual el estado era (y sigue siéndolo) juez y parte aunque en la práctica pudiera actuar como si representara imparcialmente a ambas partes de la relación.
- La del "estado interventor" caracterizado por su participación planificada de mediano plazo en tanto soporte y regulación de la actividad privada: promoción, construcción de infraestructura y provisión de servicios especialmente denominados asistenciales, educacionales y científico-tecnológicos.
- La del "estado productor-acumulador" mediante la cual éste no sólo actuaba como productor directo de bienes y servicios, sino también como participante de la acumulación privada mediante la constitución de los denominados circuitos de acumulación pública o estatal.

II. En la perspectiva de las bases de la dominación política garantizadas por el estado desde los intereses de los sectores en el poder, se conocieron dos tipos:

- La coerción política, planteada como la base de dominación requerida para mantener y redimensionar el sistema de explotación mediante el uso de la fuerza simbólica, imaginaria, psicológica, física, militar, policial o civil.

- El estado benefactor o de bienestar, caracterizado como el uso del poder del estado para modificar la reproducción de la fuerza de trabajo asalariada y no asalariada mediante planes, es decir, políticas planificadamente desagregadas en programas, proyectos y operaciones de seguridad (social, individual, pública, jurídica), educación, salud, vivienda y la resolución de los problemas más urgentes relacionados con la segregación, exclusión y marginalización en los ámbitos sociales, regionales y culturales. Asimismo, mediante planes diferenciales y focales según grupos y conglomerados sociales, contentivos del cálculo de viabilidad física, política, financiera y social.

El Estado En El Pensamiento Latinoamericano:

Valga la ocasión para expresar un breve comentario en relación con algunos enfoques no marxistas, tales como el de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo de Naciones Unidas de gran influencia durante la segunda mitad del siglo veinte.

Me refiero a la concepción instrumentalista del estado compartida con variantes por marxistas y no marxistas de unos y otros continentes: para los primeros, el estado es el instrumento de la explotación y dominación de las clases subalternas ejercida por la burguesía para impedir la revolución que iría a terminar con el capitalismo; para los segundos, es el instrumento del progreso y el bienestar y el garante de la democracia y la justicia.

Si bien dicha concepción tuvo su punto de partida en el Manifiesto Comunista y sin negar sus indudables méritos y contribuciones en lo que se refiere a la sociología de la clase burguesa y a los análisis del ejercicio instrumental del poder, los estudios de los aparatos del estado y la estructura de la arena burocrática en donde se dirimen los poderes técnicos y políticos, la planificación normativa, estratégica y operativa de las políticas estatales, etc.), importa señalar su carácter ahistórico en tanto se centró casi exclusivamente en la materialidad del estado, es decir en sus aparatos, entes o instituciones en y a través de las cuales se producen las políticas estatales o públicas y materializa el modo de relacionarse el estado con la sociedad; y si aquél es un instrumento-objeto-cosa-ente que puede ser apropiado por quien tiene el poder de apropiación, la visión instrumentalista no permitió pensar mediaciones, contradicciones ni antagonismos en el interior mismo del estado.

Tanto para marxistas como liberales, cepalinos, estructuralistas y funcionalistas durante casi todo el siglo veinte, el instrumentalismo fue paradójicamente asimilado y hasta complementado con la concepción epifenoménica del estado -versión secular y por lo tanto derivada de la cosmovisión de éste como esencia teologal, de origen judeocristiano. En otros casos fue asumida como dependiente, ya que el estado fue reducido a un mero instrumento de la dominación de clase precisamente en la medida en que se supuso que las clases en tanto fuerzas sociales sustantivas y sus antagonismos fundamentales se constituían en el nivel económico y utilizaban al estado como herramienta exterior para el logro de sus fines.

Pero en la realidad de los análisis en los que la pureza epistemológica era la premisa privilegiada, la concepción instrumentalista resultaba contradictoria con la visión epifenoménica, ya que si se le asignaba al estado la virtud de ser un instrumento eficaz para arreglar las relaciones de fuerza entre las clases en la sociedad capitalista, no podía ser un mero reflejo de tales relaciones (Laclau 1981, 47-49). Sin embargo el pensamiento latinoamericano hegemónico de mediados y finales del siglo veinte, construyó un discurso que naturalizó la relación entre la concepción teologal del estado y la visión instrumentalista de éste (en la cosmogonía o mitología judeocristiana las esencias teologales –divinas o

satánicas- se presentifican y materializan; asimismo, el denominado *hijo de dios* pudo efectivamente ascender en cuerpo y alma al reino de los cielos) como base de legitimación del proyecto desarrollista.

Veamos algunos de sus elementos fundamentales (Barrantes 1986), dado que el trabajo social quedó articulado orgánicamente a la práctica de los estados desarrollistas de factura cepalina y a la modernidad dependiente que se legitimó a partir de los años sesenta, constituyéndose a los trabajadores sociales y a las trabajadoras sociales en operadores o intermediadores finalistas supuestamente exclusivos de las relaciones asistenciales de las agencias oficiales de política social con la creciente población excluida de los frutos del crecimiento económico.

El modelo societal ideal:

Durante el decenio de los '60 y '70 del siglo veinte, éste fue coincidente con la imagen del capitalismo como la más buena, moderna, productiva, eficiente y eficaz sociedad industrial tecnológicamente avanzada, completamente fluida y abierta, atravesada por una de las revoluciones más sobresalientes de la época moderna: el auge del urbanismo en el cosmos occidental. Según esta imagen, el capitalismo era el único sistema natural auténticamente autorreferencial que hacía posible el cumplimiento de la gran promesa de industrialismo: maximizar la acumulación de capital y la elevación del ingreso per cápita; optimizar la calidad de las condiciones y expectativas de vida, la democracia y la libertad absoluta de la totalidad del género humano.

La democracia como consenso indeterminado:

El buen gobierno y la certidumbre hecha verdad estaban completamente asegurados en virtud de que las denominadas políticas económicas, sociales y de desarrollo así como la política y lo político eran innecesarios dada la eficacia de las fuerzas espontáneas del sistema. Gracias a éstas tampoco existía la necesidad de discutir ante la opinión pública acerca de la acumulación de capital, porque ésta se cumplía y se resolvía por su propio impulso en la evolución capitalista.

El estado como esencia teologal:

Tal era la eficiencia de la organización productiva, que el estado era una esencia teologal ya no digamos epifenoménica o superestructural, sino, absolutamente etérea e indeterminada; su racionalidad no pasaba, por lo tanto, por la intervención en los asuntos terrenales concernientes a las decisiones individuales ni, mucho menos, por la dinámica autónoma de la acumulación de capital. El estado teologal no tenía razón alguna para corporeizarse porque los hombres se comportaban según los Mandamientos secularizados de la Ley divina y encarrilaban sus esfuerzos hacia el logro pleno de las bondades inequívocas del mítico reino terrenal de la verdad, la justicia, el trabajo, la libertad y la democracia denominado capitalismo.

La mano visible de la providencia:

La razón de ser de la democracia era la autenticidad misma con que la *máquina divina* del conocimiento científico-tecnológico se transustanciaba en capital, inversiones productivas, maquinaria y manufacturas, así como en nuevas formas de organizar el proceso de trabajo y

las relaciones de producción. El sistema económico-industrial con el que se identificaba la democracia tenía asegurado por sí, las soluciones posibles a la cuestión social, considerada esta como el conjunto dinámico de las preferencias inequívocas expresadas en las decisiones individuales de productores y consumidores. Ahora bien, sólo en la medida en que el equilibrio dinámico, el pleno empleo de los recursos, la espontaneidad de las leyes objetivas que gobernaban el sistema capitalista se veían perturbados; asimismo, cuando las relaciones sociales atravesaban especiales circunstancias tales como debilidad sindical, demandas excesivas de las organizaciones, incremento de fuerza de trabajo poco calificada, etc., que podían hacer peligrar el aumento sostenido de las remuneraciones reales y dejar expuesta la distribución del ingreso al desajuste temporal de las fuerzas espontáneas de la economía, la acción reguladora, el arbitraje neutral del estado se imponía como necesario por la fuerza misma de las cosas. Esto significaba que el estado teologal se podía transustanciar en un dispositivo automático de intervención contingente sólo para restaurar los equilibrios y seguridades perdidos del impresionante mecanismo espontáneo de precisión que era la economía capitalista. Cumplido lo anterior y en la medida que las fuerzas espontáneas se corregían, el estado transitoriamente materializado, automáticamente recuperaba su carácter teologal.

Del estado benefactor al leviatán:

Conforme se incrementaban las determinaciones de las cada vez más profundas insuficiencias dinámicas de las economías latinoamericanas, se iba conformando una trayectoria pendular en la que se traslapaban dos nociones generales: el estado cosa-objeto, instrumento ya no al servicio de la burguesía clásica, sino, de las ambiguas clases medias empresariales, y el estado-sujeto, sujetado a una representación apriorística que lo obligaba a contribuir eficazmente a la realización de los intereses mesocráticos de aquéllas. En virtud de ello toda su tarea se cifraba en el uso eficiente de su inventiva, para crear nuevos instrumentos de acción democrática y llenar de inmediato los cuadros demarcados en los planes de la actividad pública y privada; asimismo, para incorporar al sistema democrático y de libre empresa privada el principio socialista de la economía planificada por el estado, pero constituido en técnica valorativamente neutra mediante la denominada programación racional de la economía.

La utopía mesocrática:

El eje cepalino estado-clases medias planteó como problema las relaciones entre la planificación del programa económico, diseñado por los especialistas y asumido por los gobernantes de turno, y el estado industrial democrático representativo respetuoso de los derechos humanos y las libertades individuales. En este sentido, el estado era la instancia técnico-política por excelencia, el comisario que organizaba y administraba el plan a través del cual la falange capitalista con vocación igualitaria controlaba el aparato productivo y la dirección moral e intelectual del resto de las clases sociales.

El sujeto de la fábula:

El progreso científico-tecnológico generaba imperativos de cambio que afectaban irresistiblemente a todas y cada una de las estructuras, organizaciones e instituciones, las cuales eran alteradas en su base, desgajadas y desplazadas hacia los escenarios funcionales a la civilización occidental. Ello a los fines de que la más moderna tecnología productiva emanada de las sociedades industrializadas, encontrara el terreno propicio para trasegar sus

frutos. Esta concepción teleológica fue compartida tanto por cepalinos, funcionalistas, estructuralistas y marxistas ortodoxos y aún hoy a inicios del siglo veintiuno continúa siendo reiterada por la ortodoxia marxista del trabajo social (Barrantes 2006), no a propósito de quien tiene la verdad, sino, porque la idea evolucionista de progreso como crecimiento-desarrollo lineal y ascendente de las fuerzas productivas y la perfectibilidad de la democracia y la historia misma, es una entelequia de hondas raíces judeo-cristianas; éstas se encuentran en la base misma de la civilización denominada occidental, de la cual Engels y Marx al igual que el cepalismo de la segunda mitad del siglo veinte, son productos connotados. De allí que para la CEPAL el paso hacia un superior estadio de desarrollo capitalista se realizaba gracias a las leyes naturales de la economía y de las fuerzas espontáneas del progreso industrial-tecnológico (el desarrollo de las fuerzas productivas de Marx). La lucha clasista del movimiento obrero fue sustituida por la lucha por el valor agregado, pero ya no para ungrir al proletariado como sujeto revolucionario, sino, a la falange de hombres dinámicos y competitivos que supuestamente estaban decididos a asumir los riesgos que estaba demandando la gran empresa trasnacionaal que implicaba la instauración del capitalismo en Latinoamérica. Tarea portentosa que se traduciría en un proceso transitorio conducente desde el círculo vicioso de la pobreza y el subdesarrollo hasta la plenitud del círculo virtuoso del desarrollo y la riqueza. Para su cumplimiento solamente se requería contar con un sistema educativo eficiente, la tecnología organizacional y los instrumentos técnico-administrativos y ético-políticos del estado-sujeto cosificado, comendador-planificador...y la detonación expansiva de lo que se denominó el Gran Empuje que significaría la Alianza para el Progreso: el portentoso programa de transferencia masiva e intensiva de capital especialmente privado y de la más moderna tecnología productiva desde los países centrales.

La Realidad...En Fin...

A inicios de los años setenta del siglo veinte la sociedad tecnológica, desarrollada y abierta capitalista autónoma no se habían producido en nuestra América. La gran brecha existente entre la opulencia y el subdesarrollo se mostraba abismal. Sin embargo, en un contexto geopolítico cooptado por las empresas trasnacionales, la CEPAL continuaba clamando por una segunda Alianza para el Progreso y un segundo Gran Empuje industrial-tecnológico; su punta de lanza sería ya no el tradicional financiamiento endeudador de los años precedentes, sino, el nuevo capital privado denominado Cooperación Internacional. Asimismo, clamaba por el desmantelamiento del proteccionismo estatal y por una rígida disciplina de desarrollo, sea, el esfuerzo sistemático necesario para realizar las reformas, vencer el estrangulamiento y la dependencia tecnológica y financiera, promover las exportaciones, ahorrar para invertir, adaptar y crear tecnología productiva, ejecutar con eficiencia el plan de desarrollo socioeconómico, etc. Esta propuesta de política comenzó, en coincidencia con el discurso monetarista neoliberal de la Escuela de Chicago, a postular no sólo el desmantelamiento sino la desmaterialización del estado latinoamericano para liberar, de una vez y para siempre, la iniciativa y la competencia abierta de la empresa privada supuestamente sofocada por el excesivo proteccionismo estatal. Mientras tanto, los aciagos vientos de la crisis de la economía mundial preanuncian la quiebra del sistema monetario internacional y la pérdida de paridad del dólar estadounidense respecto al patrón oro; aunado a lo anterior, los países conosureños, teniendo como talón de fondo el desprestigio intelectual del populismo y el neoclasicismo económico, se preparaban para servir de escenario principal a ciertas expresiones extemporáneas del burocratismo autoritario y el neoliberalismo monetarista que se impusieron por la fuerza bruta de la represión político-milico-policial, tal como lo demostraron los regímenes sangrientos de Chile, Brasil, Argentina, Uruguay... Fue sí como el decenio de los años setenta y hasta los noventa del siglo pasado significó para nuestra

América una larga y tenebrosa noche, sin búhos nocturnales ni alondras matinales: entre otras cuestiones, la cooperación internacional sirvió para incrementar obscenamente la tasa de ganancia de los capitales privados y trasnacionales al mismo tiempo que la asistencia militar no desarrolló procesos democráticos: simplemente los sepultó con alguna relativa excepción a lo largo de nuestra América.

Nunca Está Más Oscuro Que Cuando Va A Amanecer:

Ya en los ochenta pero especialmente después de la denominada década perdida, en los noventa, nos encontramos con la constatación de que un final había llegado: el de los grandes proyectos, metarrelatos y promesas –especialmente tecnológicas- de la modernidad. Ante la ofensiva neoliberal que contribuyó efectivamente al desmantelamiento del ya deslegitimado estado desarrollista, asistencialista y bienestarista, los impactos brutales de la megadeuda externa, la polémica sobre la posmodernidad, la globalización y el neoliberalismo como estrategias imperiales, la construcción de sociedades estadofóbicas y ante un horizonte plétórico de desesperanza e impotencia, eclosionaron las prácticas mercadotécnicas y neoasistencialistas de movimientos sociales, especialmente de clase media y de las denominadas oenegés como contrarreferencia al movimiento y a la organización especialmente étnico-popular.

Fue así como amplios sectores de población se vieron *liberados* de sus constricciones sistémicas, de su sentido histórico y de sus sueños en sociedades destituidas a su vez de sus propias determinaciones. Dentro de estos conglomerados diversos grupos de trabajadores sociales y trabajadoras sociales, expulsados del alero protector del estado y autorreferenciados en sus propios mundos de sobrevivencia y de vida, se vieron compulsados a ejercer –así fuera en su propio país o en el exilio- el trabajo social que les era posible dentro de los límites que les estaban dados: el del fragmento, la no praxis, el no discurso sistémico, el microfundamento sin macroexplicación. De allí la plétora de nuevos espacios, nuevas demandas de servicios y competencias profesionales, nuevas añoranzas y formas de ejercicio profesional y nuevas formas de pensar, vivir y reaprender el arte de ejercer su oficio sin agendas de debates preestablecidos y sin fraguas de modelos alternativos –mucho menos hegemónicas-, lo que de manera genérica e inintencional nos habló menos de *LA* práctica social y *DEL* trabajo social y más de sus plurales que, hoy como ayer, se nos presentan desarticulados, discontinuos, encapsulados y, por ello promisorios. Promisorios porque en una perspectiva geoespacio-temporal, lo que hoy lleva aún la marca de la desarticulación propia del divide-y-vencerás neoliberal, mañana, al influjo de los nuevos tejidos sociales y vasos comunicantes que se vienen construyendo en diversos países, quizás nuestras competencias teóricas, técnicas, políticas y éticas (mediatizadas aún por las estructuras sicosociales y simbólico-culturales que la larga noche neoliberal creó en diversos sectores poblacionales a los cuales pertenecen no pocos trabajadores sociales y trabajadoras sociales en diversos países) nos permitan poner las prácticas sociales de sobrevivencia y de vida, de investigación y acción que se realizan en el campo problemático que es el trabajo social mismo, no sólo a tono con el actual cambio de época signada por el rebasamiento de la modernidad y su ontoepistemología anglo-estadounidense-eurocéntrica, sino, constituir aquellas en acordes de la obra polifónica, polisémica, policrómica, polimórfica –valgan los giros musicales, plásticos y lingüísticos- que pueblos, naciones y multitudes están componiendo y ejecutando creativamente al ritmo de las alternativas potenciadas por la diferencia descolonial y desimperial.

El decenio de los noventa del siglo pasado y el septenio actual son testigos de nuevos y profundos cambios de la cartografía política, social, cultural y económica latinoamericana. El neoliberalismo está de capa caída en diversos países, especialmente suramericanos en donde los grandes conglomerados humanos que habían hecho vida en el fragmento y construido allí nuevas subjetividades e imaginarios, se vieron interpelados políticamente por el estado y la nación, apareciendo nuevas articulaciones del estado, el sistema político, el mercado y la sociedad civil ahora fundadas sobre lo micro y lo local, que revolucionan los dinanismos sociopolíticos y culturales, otrora desactivados por las dictaduras militares y los gobiernos neoliberales.

Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay, Ecuador, Nicaragua, Bolivia, la derrota del ALCA por el ALBA (Alternativa Bolivariana para la América liderada por Venezuela) y el proyecto en marcha de la integración de la Patria Grande sobre la base del pensamiento y testimonio de Simón Bolívar y la libre autodeterminación de los pueblos, ha vuelto a poner sobre la palestra de la discusión el papel protagónico de los pueblos y naciones que han construido registros imaginarios, simbólicos y reales distintos a los de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Hoy hay nuevos ámbitos constituyentes de nuevas subjetividades y sensibilidades, nuevos sujetos y actores sociales especialmente étnico-populares que han venido construyendo vínculos con las nuevas fuentes de constitucionalidad, legitimidad, legalidad, institucionalidad, estatalidad y nacionalidad; de allí que los momentos co-constitutivos de la sociedad concebida en su conjunto más inclusivo imaginable: la nación, el gobierno, el sistema político, el régimen jurídico-político, el escenario electoral, el mercado, la sociedad civil y el estado mismo en sus relaciones con el sistema mundo hoy globalizado, neoliberalizado e imperializado, han venido dejando de ser espacios declarativos o, mejor dicho, no-lugares para las clases subalterno-étnico-populares, para ser ocupados multitudinariamente como escenarios concretos de organización democrática protagónica y de forja cotidiana de nuevas formas incipientes de hacer geopolítica, geojusticia, geoeconomía, geocultura, geociencia...y geotrabajo social.

El Dislocamiento De Las Plataformas Societales:

La realidad actual de nuestra América es muy distinta a la de las últimas décadas del siglo pasado y, por ello, se están inventando lenguajes del estado y el sistema político, de la sociedad civil y sus esferas pública, privada y doméstica, del mercado y la empresarialidad que están apuntando más a una práctica de la ruptura con el pasado que se nos impuso que a una ruptura con el presente que nos pertenece. El salto cualitativo no lineal ni ascendente en nuestra América es tan profundo, inédito, fracturante y de tan largo alcance, que la percepción generalizada es que hoy estamos más cerca de un nuevo aquí y ahora como punto de partida, que del *futuro*, futuro que -en tanto promesa tecnológica, enteléquica o teleológica, tal como fue pensado desde las ontologías, hermenéuticas y epistemologías modernas dentro de las que se cuentan el marxismo, funcionalismo, estructuralismo, positivismo...-, resultó inviable a pesar de los pesares de la ciencia moderna y sus nuevas tecnologías de la información y comunicación.

En el sentido anterior, las nuevas sensibilidades de nuestros pueblos creadores vienen significando que de lo que se trata en nuestra América total y profunda, es de un cambio o

corrimiento no lineal de plataformas (metáfora que tomo de Hardt y Negri 2000) que nos evoca el de las placas tectónicas, con implicaciones genoestructurales en el cartograma geopolítico mundial y, especialmente, en los escenarios latinoamericanos. No se trata de un salto cuantitativo ni cualitativo lineal ni regresivo ni ascendente que se pueda medir o ubicar en la cuadrícula cartesiana, ni susceptible de soluciones racionalistas y economicistas que se pudieran extraer del portafolio tecnológico de la ciencia moderna. Se trata, ni más ni menos, de la constatación de que ya no es posible llegar a ningún lugar preestablecido ni utópico abstracto, sino, simplemente de la construcción, en el aquí y ahora latinoamericano, de nuevos puntos de partida, nuevos escenarios de actuación y apropiación del presente, de adueñamiento del mundo de la vida como posibilidad de advenimiento de una nueva alborada, de un nuevo amanecer cuya escenificación no es posible realizar sin los propios actores que son al mismo tiempo sus propios autores, directores, tramoyistas y coreógrafos: los pueblos, etnias y naciones especialmente indoafrocaribeños, que durante quinientos y más años han sufrido la expoliación, el genocidio, la expropiación, la imposición de identidades que no les pertenecen y cuyo malestar contra la cultura del imperio y la muerte, está planteándole a los trabajadores sociales y a las trabajadoras sociales, a los académicos, a las universidades, a los científicos, tecnólogos y humanistas un nuevo e inédito desafío de tal envergadura y estructuralidad como nunca antes se nos ha presentado en la historia continental, incluso considerando la importancia crucial que tuvieron los movimientos sociales de los años sesenta y setenta del siglo pasado y la denominada reconceptualización del servicio social, producidos al influjo del segundo redespliegue industrial del capitalismo y, por ende, de recomposición del orden mundial.

Desafío Del Trabajo Social: Innovación O Repetición:

Los trabajadores sociales y las trabajadoras sociales desde hace más de una década tenemos una deuda societal, no sólo con el trabajo social, sino, con los sujetos-agentes-actores sociales en el nombre de los cuales se legitimó, institucionalizó y reconceptualizó –aunque de manera inconclusa- el trabajo social.

Pero nuestro reto no es darle continuidad ni conclusión a lo que quedó pendiente o a hacer realidad hoy, lo que pudo haber sido y no fue de las tendencias reconceptualizadoras –muchos de cuyos corazoncitos aún palpitan con bríos y algunos con no pocas añoranzas-, sino que, dentro del proyecto continental que nuestros pueblos y naciones han puesto en marcha de cara al siglo veintiuno, nuestro desafío es refundar, resignificar, resemantizar el campo problemático que es el trabajo social, y si logramos trabajar el punto que nos separa y divide de las propuestas societales de innegable sentido étnico-popular, que están estremeciendo los cimientos oligárquicos, modernos y hasta posmodernos de gran parte de nuestros países, estaremos colocándonos en situación de poder comenzar a encarnar un TRABAJO SOCIETAL, uno que desde mi tesis de licenciatura (Barrantes 1979) y hasta hace poco tiempo llamé EL TRABAJO SOCIAL QUE ESTABA POR HACERSE EN NUESTRA AMÉRICA LATINA, y que hoy feminizo y denomino, a manera de provocación fraterna pero sin concesiones éticas, políticas ni intelectuales, LA TRABAJOSOCIETALOGÍA DE LA LIBERACIÓN, DE LA EMACIPACIÓN SIN FRONTERAS QUE ESTÁ POR HACERSE EN NUESTRA AMÉRICA.

Con éste y otros términos significamos no necesariamente una propuesta rebuscada de cambio de nombre del trabajo social, sino un cambio de su sentido que apunte a la búsqueda de estrategias de articulación del carácter prudente y convivencial del sentido común y la sabiduría popular con el carácter segregado y elitista de la ciencia y la universidad (Santos 1996; Morin 1994), fundamento de una nueva concepción y práctica del trabajo social, mejor

dicho, de la trabajossociología de la liberación que estamos simbolizando. Se trata de una provocación a la que le hemos asignado una doble función:

1. Llamar la atención sobre la extensa, diversa y ampliamente difundida literatura sobre teología de la liberación, sicología de la liberación, sociología de la liberación, filosofía de la liberación, humanidades de la liberación y, aunque los psicoanalistas postulan que el psicoanálisis es por definición liberador del sujeto en tanto sujetado al inconsciente, no está de más reiterar una y más veces este carácter liberador del psicoanálisis, especialmente significado en el dicho de Freud cuando, al llegar en 1909 a Nueva York y viendo el jolgorio con el que se le recibía, le dijo a su discípulo C. G. Jung algo así como “lo que no saben es que le traemos la peste (es decir, la subversión)”³. Al igual que tantos autores, opino que las revoluciones científicas al estilo kuhniano no son verdaderas revoluciones porque reiteran, repiten, reproducen la lógica de la represión que caracteriza a todo paradigma, a todo régimen, estado, estatus o estadio, a toda civilización, a toda cultura, a toda sociedad, en especial aquella imperial a la que ya no le interesa ocultar sino, por el contrario, ostentar sus propias inconsistencias y, a propósito de estas, imponer su vigencia mediante el disciplinamiento de los cuerpos y el control de las almas; ello con consecuencias insospechadas para la producción de conocimientos científico-tecnológicos, la práctica eco-humanística y específicamente del trabajo social, ese que comenzó a gestarse bajo el alero de la modernidad angloeuropáica en el transcurso del fin de siglo diecinueve. Entre la pléthora inagotable de inmortales que se levantaron contra la instauración de todo paradigma, contra la represión del poder y el poder de la represión en sus respectivos ámbitos de saber encontramos a Sócrates, Jesús, Copérnico, Marx y Freud, pero también a Wilhelm Reich (alumno de Freud, padre del freudomarxismo y pionero de la sicopedagogía liberadora), Alexandra Kolontai (pionera de la liberación de la mujer) y Antón Makarenko con su Poema Pedagógico, y más recientemente, Herbert Marcuse (también freudomarxista y crítico subversivo de la sociedad industrial opresiva, insigne inspirador de los movimientos estudiantiles de fines de los sesenta y principios de los setenta del siglo pasado en todo el mundo), A. S. Neill por su praxis sicopedagógica en Summer Hill, especialmente entre los años sesenta y setenta del siglo veinte; asimismo, el filósofo educador Iván Illich, el anarquista antimetodólogo Paul Feyerabend. Finalmente, debo agregar a Antonio Gramsci cuyas sobras sólo pueden ser comprensibles –al igual que la de Wilhelm Reich- a través de su propia biografía, y a Jacques Lacan, además de médico-siquiatra, filólogo como Gramsci y eminente psicoanalista de intensa influencia en las ciencias sociales y las denominadas humanidades. Y por último –sólo para cortar la lista en aras del espacio asignado a esta comunicación- Paulo Freire, Orlando Fals Borda y tantos otros ciudadanos de nuestra América como José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, Simón Rodríguez, Francisco de Miranda, Simón Bolívar y la Libertadora del Libertador: Manuela Sáenz.

Esta es la cuestión: liberación vs. represión; bloqueo vs. desbloqueo; invención vs. repetición. He aquí la problemática no resuelta de las relaciones de determinación que la sociedad, la cultura y la civilización imponen a los sujetos-agentes-actores sociales, especialmente en estos tiempos de imperio, posmodernidad, globalización, sociedad del

³ Jacques Lacan comentó esas palabras: Freud se había equivocado: creyó que el psicoanálisis sería una revolución para los estadounidenses, y en realidad Estados Unidos había engullido su doctrina, quitándole su espíritu subversivo...Francia es el único país en el mundo en el cual, a través de los surrealistas y la enseñanza de Lacan, la doctrina de Freud ha sido considerada "subversiva" y asimilada a una "epidemia" semejante a la revolución ocurrida en Francia en 1789, y en todo caso irreductible a cualquier forma de sicología adaptativa, conductista, pragmatista (Wikipedia, en línea).

conocimiento, de la imagen y de la información y, esencialmente, del pensamiento único neoliberal. Es la razón por la cual *El Malestar en la Cultura* (1930) de Freud, sigue teniendo vigencia aunque algunos de sus postulados ya no la tengan, no obstante lo cual sigue siendo denigrado y relegado al baúl de los olvidos que, no importa el tiempo que hayan estado en el desván, afloran como verdades hablantes en tanto dicen su verdad, pero que también son habladas como ecos no siempre bien audibles de nuevos discursos, de nuevos decires, siempre liberadores de la historia pero también de la transhistoria, antihistoria, ahistoria y metahistoria que el mismo Freud reputó como campo-no-campo absolutamente in-determinado del inconciente. No resulta casual, pues, a la luz del espectro que hemos puesto en escena, que en estos tiempos de posmodernidad, imperio, globalización y pensamiento único neoliberal, hayan salido a la luz pública y con buen suceso editorial, dos libros: *El Malestar en la Globalización*, de Joseph Stiglitz (2002), que evoca, sin proponérselo, *El Malestar en la Cultura*, de Freud, y *El Malestar en la Barbarie* (entendiendo por barbarie la globalización) del Mieres (1998) preneoliberal, que realiza un estudio crítico del escrito de Freud. Parodiando los títulos mencionados, preguntamos si existe –en la perspectiva de un tipo o género de ciencia o modo no paradigmático de producción, circulación y consumo de conocimientos y saberes y, por ende, de un trabajo social de la liberación- un malestar como experiencia societal, y si la respuesta es afirmativa como esperamos que sea, podremos parafrasear al Mieres preneoliberal diciendo que esta fuerza que es el malestar (Varios 1989) en tanto miedo y deseo al mismo tiempo, tenemos los trabajadores sociales y las trabajadoras sociales que pulsionarla, es decir, asumirla, concientizarla, compartirla y organizarla en el centro mismo de las multitudes; asimismo, alimentar dicho malestar con la pasión subversiva de saber que somos hablados, si bien por la historicidad de nuestra existencia, también y fundamentalmente por la trans, anti y ahistoricidad del inconciente. Sólo así podremos estar en condiciones de darle rienda suelta a nuestros poderes creadores y asumir –cada uno de los trabajadores sociales y las trabajadoras sociales al nivel y espesor que les corresponde y de acuerdo a sus propias circunstancias- el deseo de contribuir a cambiar el curso de las cosas que tanto nos molestan. Y creo que este deseo comienza con el debate, fraterno pero sin concesiones, tanto de los supuestos básicos constitutivos de la especificidad del trabajo social en el aquí y ahora históricamente fechado como de los supuestos generales constitutivos de su relativa universalidad.

2. Llamar la atención sobre la libertad que cada uno de nosotros tiene de querer asumir, más allá o más acá de los discursos (pos)modernos, globalizados, tecnocráticos, neoliberales e imperiales de la universidad y de la ciencia, el compromiso que está implicado en la refundación del trabajo social como arte (estética, poética social), oficio (vocación), profesión (esencialmente asalariada) y disciplina (esencialmente técnica) académica, es encarnar la doble ruptura hermenéutica-onto-epistemológica que, permitiendo deconstruir la hegemonía y arrogancia de la ciencia moderna pero sin perder la promesa que ella genera y frustra al mismo tiempo, está significada en la producción, circulación y consumo de conocimientos y saberes que, siendo prácticos no dejen de ser esclarecidos y siendo sabios no dejen de estar socialmente producidos, pero fundamentalmente democráticamente distribuidos (Santos, 1996; Morin, 1994) en el proceso mismo de creación, traducción y satisfacción de necesidades (carencias y aspiraciones) sociales (individuales y colectivas) y sistémicas (la sociedad considerada en su conjunto más inclusivo).
3. Endogenizar –refundamentándolas- la doxa y la episteme, la mayéutica y la fronesis, el logos y la nosis, la ontología y la hermenéutica en y a partir de las prácticas pensantes del

trabajo social pues de lo que se trata hoy en esta alborada de nuestra América latino-ibero-euro-indo-afro-asiático-arábico-caribeña de siglo veintiuno, es de un proyecto ético-estético y geo-bio-político de producción de conocimientos y saberes a partir de las cuestiones que, desde las raíces profundas de su sabia doxa multiétnica y pluricultural, mestiza y sincrética, nuestros pueblos y naciones han colocado en la agenda de discusión nacional-internacional, local-global. Y este último elemento de carácter protagónico viene marcando una tendencia definida a que los estados estadocéntricos o estadocráticos y las sociedades estadofóbicas estén dando paso a estados sociocéntricos, es decir societalmente centrados y, complementariamente, a sociedades tendencialmente integrales, mayormente inclusivas y dispuestas a apropiarse del estado y la historia que les pertenece. Asimismo, ha abierto la discusión sobre estados sociales, éticos, de derecho y de justicia cuyo sujeto ya no es el sujeto cosificado de la carencia y la cooptación, sino el sujeto de derecho, de dignidad, de reconocimiento en y por el Otro, el sujeto de aspiración que desea autoafirmar su condición humana y ejercer su libre voluntad de compromiso con la realización plena de su deber ser.

Finalmente pero no para cerrar el discurso sino para abrirlo al debate, preguntamos ¿cuáles son los desafíos implicados en esta comunicación que sólo intenta atenerse a los procesos de cambio de época de los que estamos siendo arte y parte, así sea que seamos capaces o no de soportarlos?

Puntualizamos los siguientes:

Relanzar la relación de conocimiento del trabajo social consigo mismo, con las comunidades productoras de conocimientos y saberes y con el clima político-cultural e ideológico-simbólico de la época que recién estamos transitando a inicios del siglo veintiuno.

1. Resemantizar las leyes de ejercicio del trabajo social y de los colegios de trabajadores sociales, a los fines de que dejen de ser instrumentos meramente gremialistas, reivindicacionistas, corporatistas, economicistas y representacionistas.
2. Refundamentar ética, ontológica, epistemológica y hermenéuticamente el trabajo social y remitir sus inagotables formas de ejercicio científico, técnico, profesional, académico y fundamentalmente poético, ecosocial y biopolítico a las nuevas plataformas de vida democrática participativa y protagónica.
3. Resignificar la figura unitaria pero plural, democrática y transdisciplinariamente integralizadora de los colegios nacionales de trabajadores sociales, instaurando en el ejercicio del trabajo social la ética de la eficiencia, de la efectividad y del redespliegue de las capacidades innovativas sobre la base del involucramiento en los asuntos que nos concierne como ciudadanos, académicos y profesionales.
4. Instaurar novedosos dispositivos de poder compartido en los colegios de trabajadores sociales, tales como los observatorios nacionales de política social, desarrollo social así como la construcción de redes sociales de participación y contraloría social, mediante las que podríamos vincularnos orgánicamente a los procesos constitucionales en cada país.
5. Instaurar afinamientos éticos, políticos, académicos, científicos y sociales que fortalezcan y promuevan, por un lado, el potenciamiento decidido del trabajo social (en tanto práctica disciplinaria, interdisciplinaria, multidisciplinaria y transdisciplinaria de la intervención-acción-implicación en la trama societal), y, por otro lado, la dignificación del ejercicio de los profesionales que realizan el trabajo social por otros medios: técnicos y licenciados en

promoción social, educación social, orientación social, mediación social y familiar, terapia social, gerencia social, gestión social y local, pedagogía social, desarrollo humano y otras carreras que son consustanciales al trabajo social.

6. Optimizar la formación, capacitación y facultamiento de los trabajadores sociales y las trabajadoras sociales para ejercer su oficio de manera competente, agregarle valor a su praxis profesional y, por ende, a las capacidades de las organizaciones del trabajo social.
7. Innovar formas de ruptura de los encapsulamientos que mantienen bloqueada la invención indómita de amplios grupos de trabajadores sociales y de trabajadoras sociales; ello a fin de, por un lado, constituir al trabajo social en una práctica social transdisciplinaria recíprocamente alimentada por los conocimientos de la ciencia-técnica y los saberes étnico-populares, y por otro lado, construir los fundamentos de una epistemología del acompañamiento a pueblos y naciones (sujetos individuales y colectivos que incluyen a trabajadores sociales y trabajadoras sociales) en sus proyectos de reproducción social e individual. Dicha epistemología se refiere especialmente a lo siguiente (Barrantes 2002; 2006):
 - a) Los modos en que las sociedades alimentan recíprocamente la satisfacción de carencias y el potenciamiento de aspiraciones sociales con el desierato humanizador del vínculo social considerado en su conjunto más inclusivo, la protección y fortalecimiento de la biodiversidad y la autosustentabilidad del globo terráqueo.
 - b) El debate fraterno pero sin concesiones éticas, políticas ni intelectuales entre verdades, conocimientos y saberes, como base de creación y redesplicue de sociedades sociocráticas de estado social de democracia participativa y protagónica, derecho y de justicia.
 - c) La construcción de una cultura de paz, justicia, multietnicidad, pluriversalidad e integración fraterna sobre bases eco-geo-políticas fundamentales del desarrollo biosicosocial, cultural y económico endógeno y autosustentable.
 - d) La construcción de mundos de vida fundados en la práctica cotidiana del bien-estar, bien-ser, bien-tener, bien con-vivir, de la solidaridad, cooperatividad, fraternidad, equidad y justicia y de las normas que regulan y potencian la convivencia pacífica en sociedad
 - e) La construcción de bienestares y plenitudes individuales y colectivas que se basen en el ejercicio inalienable de la democracia, libertad de conciencia y de pensamiento, del derecho a la propiedad, diferencia, autonomía, soberanía y al disenso.

A Modo de Conclusión:

Hemos seguido nuestra propia subjetividad y realizado un recorrido mediante seis apartados que nos han servido proyectar espectros de una problemática crucial para los trabajadores sociales y las trabajadoras sociales, sin pretender llegar a respuestas, mucho menos contundentes.

Quizás en ese recorrido hayamos ofrecido la impresión de complicar más que facilitar la comprensión de los desafíos implicados en la convocatoria de Trujillo, Perú. El material discursivo trabajado y las limitaciones de tiempo sólo nos permitió confrontarnos con la

posibilidad de las respuestas que están por construirse conjuntamente con quienes se apropien del texto, lo rescriban y relancen de cara al desafío societal que tenemos de reinventar el futuro de nuestra América y, por ende, del trabajo societal, mejor dicho, de la trabajossociología de la liberación que seamos capaces de pensar con nuestros propios lenguajes: los que emanen de nuestra vinculación sinérgica con los proyectos de vida de los pueblos y naciones latinoamericanos.

Referências Bibliográficas:

Barrantes, César (1979): **“Anotaciones para una crítica a La Reconceptualización del servicio social”**, en Revista de Filosofía, Universidad de Costa Rica, XVII (45), 65-82, San José, Costa Rica, también en www.relats.org.

Barrantes, César (1986a), **“El discurso del estado y la democracia en el pensamiento latinoamericano”**, Séptimo Congreso Centroamericano de Sociología, 2-7 de noviembre, Tegucigalpa.

Barrantes, César (1986b): **“La constitución ideológica de lo social y sus relaciones con lo económico en el discurso de la CEPAL, 1960-1970”**, Revista de Ciencias Sociales, N° 31:99-112, UCR, San José.

Barrantes, César (1990), **“Acerca de la política social: notas de investigación para su discusión”**, Cuadernos del CENDES, No. 13-14, Universidad Central de Venezuela; y Revista Costarricense de Trabajo Social, No. 1:1991; como **“Reflexiones sobre Política Social”** en Revista de Ciencias Sociales, UCR, No. 58:1992.

Barrantes, César (2002), **Anteproyecto de Ley de Ejercicio Profesional de los Trabajadores Sociales y las Trabajadoras Sociales de la República Bolivariana de Venezuela, presentado a la Comisión de Seguridad Social Integral de la Asamblea Nacional**, julio-octubre de 2002.

Barrantes, César (2004) **“La formación profesional de los trabajadores sociales en Venezuela. Hacia un estudio de las representaciones sociales”**, Memoria del XI Congreso Colombiano de Trabajo Social, Manizales 19-22 de agosto de 2003. Con el nombre de **“Representaciones sociales de los trabajadores sociales sobre el trabajo social y la crisis del estado en Venezuela”**, aparece en Serviço Social em Revista, 2004, Sao Paulo.

Barrantes, César (2005a), **“Desafíos ¿del o al? trabajo social en tiempos de imperio, posmodernidad y globalización”**, XVIII Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social, San José, Costa Rica, 12-17 de julio de 2004. En Ruiz, Ana (Coorda., 2005), Búsquedas del trabajo social latinoamericano. Urgencias, propuestas y posibilidades, Espacio Editorial, Buenos Aires; Asimismo, en Revista Regional de Trabajo Social, No. 33, 2005, Montevideo, en línea: www.revistatrabajosocial.com/

Barrantes, César (2005b), **“Pensar el trabajo social en la construcción de un nuevo paradigma”**, ponencia magistral de cierre al V Congreso Ordinario de la Federación

Mexicana de Escuelas de Trabajo Social, celebrado en la UNAM, México D.F. del 17 al 19 de noviembre de 2004. En Revista Margen, No. 36/37, Buenos Aires, [en línea: www.margen.org/](http://www.margen.org/)

Barrantes, César (2005c) “**El trabajo Social en Venezuela. Una mirada históricosocial**”, en Revista Costarricense de Trabajo Social, No. 16, San José, Costa Rica.

Barrantes, César (2006a), “**El trabajo social de siglo veintiuno. Una crítica al discurso brasileños et alii**”, en Revista Katálisis, volumen 9, No. 2, segundo semestre, Universidad de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil.

Barrantes, César (2006b), **Segundo Anteproyecto de Ley de Ejercicio Profesional de los Trabajadores Sociales y las Trabajadoras Sociales de la República Bolivariana de Venezuela**, presentado a la Comisión de Seguridad Social Integral de la Asamblea Nacional, 26 de febrero de 2006.

Barrantes, César (2006c), “**Trabajo social y propuestas alternativas de sociedad**”, en Revista Margen N° 40, diciembre, <http://www.margen.org/num40.html>

Barrantes, César (2006d), “**Trabajo social. Entre la perspectiva y la prospectiva**”, primera parte revisada y ampliada de la ponencia central presentada al Primer Encuentro Latinoamericano de Trabajo Social “**El trabajo social Crítico en el Contexto Latinoamericano. Propuestas Alternativas para la Construcción de una Nueva Sociedad**”, organizado por la Asociación de Egresados de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 5-8 de octubre de 2005. En Revista Regional de Trabajo Social, enero-julio.

Barrantes, César (2007) “**Del trabajo social a la trabajosociología. Una provocación epistémica en tiempos de globalización, posmodernidad e imperio**”, ponencia magistral presentada al Seminario Internacional de Trabajo Social, Carrera de Trabajo Social de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 20-24 de mayo, con la cooperación de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Ryerson de Toronto.

Freud, Sigmund (1975), **El Malestar en la Cultura**, Alianza Editorial, Madrid.

Giordani, Jorge (1993), **Planificación, ideología y estado: el caso Venezuela**, Vadel Hnos, Valencia, Venezuela.

Hardt y Negri (2002), **Imperio**, Paidós, Barcelona, España.

Kuhn, Thommas (1971), **La estructura de las revoluciones científicas**, Fondo de Cultura Económica, México.

Laclau, Ernesto (1981), “**Teoría marxista del Estado: debate y perspectivas**”, en Lechner,

Norbert (ed. 1981), **Estado y política en América Latina**, Editorial Siglo XXI, México.

Mires, Fernando (1998), **El Malestar en la Barbarie**, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

Morin, Edgar (1994), **Introducción al pensamiento complejo**, Gedisa, Barcelona, España.

O'Connor, James (1974), **La crisis fiscal del estado**, Editorial Periferia, Buenos Aires.

Oszlak, Oscar (1980), **“Políticas públicas y regímenes políticos: reflexiones a partir de algunas experiencias latinoamericanas”**, Ediciones Estudios Cedes, No. 4, Vol. 3, Buenos Aires.

Oszlak, Oscar; O'Donnell, Guillermo (1984), **“Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación”**, en Kliksberg, Bernardo; Sulbrandt,

José (comps.,1984), **Para investigar la administración pública**, Instituto de Administración Pública, Alcalá de Henares, págs.91-137, Madrid, España.

Poulantzas, Nicos (1978), **Estado y socialismo**, Editorial Siglo XXI, México.

Santos, Boaventura De Sousa (1996), **Introducción a una ciencia posmoderna**, Colección de Estudios Avanzados 3, Centro de Investigaciones Posdoctorales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Sonntag, Heinz y H. Valecillos (Comps. 1977), **El estado en el capitalismo contemporáneo**. Editorial Siglo XXI, México.

Stiglitz; Joseph (2002), **El Malestar en la Globalización**, Alfaguara, Buenos Aires.

Varios (1989), **Aspectos del malestar en la cultura. Sicoanálisis y prácticas sociales**, Coloquio del CNRS, organizado bajo la dirección de M. Zafiropoulos, Ediciones Manantial, Buenos Aires.

Wikilibros (s. f.), **Diccionario de Sicoanálisis**, de Wikilibros, la colección de libros de texto de contenido libre, en línea: http://es.wikibooks.org/wiki/Diccionario_de_Psicoan%C3%A1lisis